

I O DEL INICIO

A través de los resquicios de la puerta se alternaban ansiosos los ojos verdes del señor obeso, que luego de espiar unos minutos salió corriendo por las calles empedradas y llegó sudoroso a confiarle a su madre, con quien aún vivía, las ofensas a la moral de las que había sido testigo.

Ese jueves al llegar al club le comunicaron que había sido cancelado el bridge habitual. Decidió dirigirse a la iglesia esperando encontrar libre al sacerdote y descargar, antes de la hora acostumbrada, sus sueños húmedos y pensamientos pecaminosos.

Atravesó la Calle del Caracol esquivando, para no ensuciarse los zapatos, las pozas de agua gris que se habían formado el día anterior. Se detuvo nervioso junto al grupo frente al escaparate de la modista, quiso capturar el aroma de un trío de jóvenes criaturas vigiladas por una vieja chaperona e hipnotizadas por los paraguas y parasoles fantasiosos al otro lado de la vitrina. Sintió la urgencia por las sacras sesiones en las que hacía del conocimiento de su confesor los

detalles de todo lo que su cuerpo virgen imaginaba que ponía en práctica con las muchachas del barrio. Luego de llenar sus pulmones con el perfume femenino, retomó su trayecto pensando que el aroma de la vieja mujer había maculado el perfume de las doncellas. Dobló por el Callejón del Cerro y vio frente a sí la entrada del cementerio general por la que salían sombríos y presurosos los últimos visitantes del día. Serán más de las cinco, pensó; pasaría por la panadería comprando algunos panecillos dulces recién horneados para ofrecerle al sacerdote luego de la confesión en la que intercambiarían, como siempre, tímidas preguntas y calurosas respuestas sobre las imaginarias posiciones del cuerpo, los gemidos, los olores sagrados y los fluidos amatorios. La campanilla sobre la puerta sonó a su entrada, saludó tímido a la panadera y pidió con voz baja seis panecillos con nueces y cuatro de jengibre. Mientras la mujer le despachaba, el señor obeso pensaba en él y en el sacerdote, separados por el entretejido de mimbre del oscuro confesionario, sudando, sonriendo, compartiendo cálidos alientos. Salió de la panadería. La campana sobre la puerta volvió a sonar. Llevaba la bolsa de papel encerado en la mano. Dobló la esquina. Se detuvo ante el paso del tranvía y atravesó la Calle del Comercio hacia la plaza frente a la iglesia.

Las palomas se elevaron a su paso sobre la alfombra lila de flores caídas. Observó a través de las jacarandas el reloj del palacio municipal a su izquierda. Se dirigió hacia una banca y se

sentó tímido, con la bolsa de pan ahorcada en la mano y la mirada fija en la esquina del Portal del Comercio. A las cinco y media en punto asomó el grupo acompañado por la vieja chaperona y un muchachillo enclenque que cargaba el estuche negro de un enorme violonchelo. La caravana atravesó presurosa la calle hacia la plaza. Encabezaban, con paso delicado bajo las faldas levantadas que evitaban las pozas, dos pares de botines idénticos de color azul oscuro, tacón discreto, punta alargada, con hileras de botones que seguían perfectamente la curva de los delicados pies, desde el borde externo a la altura del tobillo, hasta el dedo chico. Les seguía un par de botas negras, de punta torneada, tacón pequeño, con listones sombríos que atravesaban uno a uno los ovalados ojetes plateados desde el borde, que se perdía entre el encaje de la combinación de algodón bajo la falda recta y plumiza de rayón, hasta justo sobre mitad de dónde imaginaba estaría la curva del pie. Atrás, dos indisciplinados y delicados pares de botines, uno marrón con pequeñas flores bordadas sobre el cuero y cordones de algodón bordeaux, y uno azul más pequeño sin más adorno que un borde aceituado y cintas en el mismo tono.

Los pasos entre las flores marchitas se dirigían hacia el señor obeso, que sentía el cuerpo llenarse de angustia al pensar en la cercanía. La chaperona llamaba la atención a los botines rebeldes que jugaban en los charcos de la plaza, mojando los estuches aterciopelados de sus violines. Los botines gemelos se aproximaron a la

banca. El señor obeso, nervioso, levantó levemente su sombrero de fieltro gris y dijo buenas tardes sin despegar la mirada del paso del cortejo que desapareció de su vista luego de unos segundos. Solamente cuando los regaños de la vieja mujer y las risas de las traviesas se perdieron tras el trote de las carretas, el señor obeso se incorporó y, urgido de paz para sus latidos, se dirigió a la iglesia.

En el atrio los vendedores de velas, rosarios, santorales, catecismos burdos, crucifijos y escapularios guardaban la mercancía en cajas de madera de colores deslucidos. Entregó unas monedas a una anciana andrajosa que tendía la mano y repetía que Dios se lo pague, acurrucada, adormilada junto a la pared de la portezuela lateral, que permanecía abierta para permitir la salida de los últimos feligreses. El templo estaba casi vacío. El señor obeso, con un rictus solemne, se dirigió al pasillo central, inclinó la cabeza, se persignó, murmuró una breve oración y decidió sentarse a rezar en una de las capillas laterales, intentando olvidar los botones, las cintas, los ojetes, los tacones.

El reloj del edificio municipal anunció las seis. La mujer que se encontraba frente al altar de Santa Agripina se levantó con dificultad y dirigió, entre murmullos, unas palabras a la santa antes de darse media vuelta y caminar apresurada y con paso menudo hacia la salida del templo. El señor obeso fijó su recorrido y vio al sacristán salir con ella y cerrar la puerta tras de sí sin haber notado su presencia. Aún tenía una

hora. Se sintió como un niño explorando el *armoire* de mamá.

La luna aparecía tímida tras las nubes y comenzaba a iluminar los vitrales del templo. El señor obeso, con la bolsa de pan en la mano, caminó tímido a lo largo de la alfombra principal, divirtiéndose con el juego del brillo de las velas en sus zapatos de charol. Se detuvo al lado de las primeras bancas, reservadas a familias como la suya, y leyó las placas grabadas con apellidos de alcurnia. Sonrió malicioso al notar las marcas de antiguas láminas de bronce retiradas tras la quiebra y los desprestigios de algunas familias. Sabiéndose solo subió sobre la quinta banca y, sin soltar la bolsa, pasó a zancadas de una a otra hasta llegar a la primera. Aun la caoba de tan distinguidas bancas familiares parecía vencerse bajo la obesa travesura. Su carcajada final al bajar de un salto inundó, aunque tímida, toda la estructura de piedra ceniza y resonó en sus oídos, paralizándolo. Tuvo la gélida impresión de que los santos reían con él. Se quedó quieto. Observó a su alrededor y encontró en medio del silencio la mirada compasiva que le dirigía Santa Teresa desde su sagrario en el pasillo lateral del templo. Una gota de sudor cayó sobre su zapato derecho. Se acercó inquieto, cauteloso, incapaz de sostener la mirada de la santa, pero no pudo evitar el impulso de levantar el grueso manto de pana verde para encontrarse con una armazón de metal con pies, manos y cabeza de madera, no el cuerpo delgado y tallado en nogal que durante

la misa imaginaba. Su corazón estaba desbocado. Decidió no contar a su confesor aquella falta.

La luna se colaba sobre él a través del vitral de la última cena. Las velas se apagaban una a una. Los ojos de los santos le parecieron más blancos, más grandes, con pestañas vivas. El aroma del incienso de azúcar era casi imperceptible. Perros ladraban en la lejanía. Tuvo miedo y ganas de llorar. Una sensación cruda le recorría la espalda. Fijando la vista en las puntas de sus zapatos atravesó el templo hacia la puerta de la sacristía. Pasó veloz por la pequeña habitación evitando ver los ídolos y los objetos sagrados que allí descansaban y abrió frenético la puerta que comunicaba con uno de los patios de la casa clerical.

Estaba casi completamente a oscuras. La luna lo observaba y la recién estrenada iluminación eléctrica de las calles principales alumbraba tímida a las desconfiadas araucarias y buganvillas en flor. Un gato blanco que descansaba sobre el borde de una ventana se espantó con los pasos temerosos del señor obeso y trepó hacia el tejado. El hombre, espantado, emitió un chillido sordo. Transpiraba, el corazón bombeaba vertiginosamente, la piel pálida del cuello dejaba ver las venas exaltadas. Divisó a la mitad del pasillo a su derecha la luz de la cocina de Maldiva y, repitiendo la técnica de la iglesia, se internó en el oscuro corredor lleno de imágenes hasta que brilló el charol de sus zapatos y se abalanzó esperando encontrar a la mucama y platicar con ella para disipar la angustia.

No encontró a nadie. Verduras, arroz y carne esperaban sobre el trincherero para ser preparados. El fuego estaba casi extinto y solamente una gruesa vela de tornillo, posada en el medio de la habitación, alumbraba y llenaba el ambiente con el tenue aroma de la estearina. El señor obeso decidió sentarse para que el corazón se calmara. Se dejó caer sobre un banco de pino que crujió bajo su peso. Su respiración fue tomando el ritmo habitual. Tenía hambre, estaba aburrido, extrañaba los bocadillos del club. Faltarían más de cuarenta minutos.

Se dirigió al arco que comunicaba la cocina con un jardín interior. La luna seguía en lo alto, bajó en silencio los dos escalones y caminó sobre la grama hasta la fuente central. El gato blanco descansaba sobre el tejado. Los perros tumbados juntos en una esquina levantaron la mirada al unísono al sentirlo acercarse, lo reconocieron, exhalaban y volvieron a descansar cabezas y párpados. Escuchó el paso cercano de una carreta, el trote cansado de los caballos y el fuste apresurándolos. Siguió el sonido hasta perderlo y entonces percibió un chasquido seco, apasionado, acompañado de un rumor casi imperceptible que la costumbre le permitió distinguir. *Ad te clamamus, exules, filii Evae. Ad te suspiramus, gementes et flentes*, repitió para sí mismo bajo la luna, y notó una delgada, oscilante franja de luz tras las gruesas cortinas de la oficina parroquial frente a sí. Caminó hasta la ventana, pero no pudo ver nada. Subió de nuevo los escalones y se internó en el pasillo que daba